



Revista Brasileira de História

ISSN: 0102-0188

ISSN: 1806-9347

Associação Nacional de História - ANPUH

Zapata, Horacio Miguel Hernán

¿Tiene sentido estudiar historia antigua del cercano Oriente hoy? Tres razones y algunas reflexiones

Revista Brasileira de História, vol. 40, núm. 84, 2020, Maio-Agosto, pp. 193-216

Associação Nacional de História - ANPUH

DOI: 10.1590/1806-93472020v40n84-09

Disponível em: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=26364595010>

- Como citar este artigo
- Número completo
- Mais informações do artigo
- Site da revista em redalyc.org

redalyc.org
UAEM

Sistema de Informação Científica Redalyc

Rede de Revistas Científicas da América Latina e do Caribe, Espanha e Portugal

Sem fins lucrativos acadêmica projeto, desenvolvido no âmbito da iniciativa
acesso aberto

¿Tiene sentido estudiar historia antigua del cercano Oriente hoy? Tres razones y algunas reflexiones

Does the Study of Ancient Near East History Have any Sense Today? Three Reasons and Some Reflections

Horacio Miguel Hernán Zapata*,**

RESUMEN

En líneas generales, el estudio de la Historia del Cercano Oriente Antiguo se cuestiona bajo el pretexto de que no responde a los intereses “nacionales”, esto es, que tales saberes son fútiles, absurdos o innecesarios por estar lejos tanto de la historia latinoamericana como – y más específicamente – de la realidad y las necesidades del presente. Sin embargo, la historia antigua de Próximo Oriente puede volverse un campo de estudio e investigación sumamente fértil y operativa si se evita su delimitación a partir de ciertos prejuicios historiográficos y antropológicos aún vigentes en los medios académicos. En este trabajo planteamos algunas consideraciones alrededor de la relevancia de la enseñanza y la investigación de la historia antigua del Cercano Oriente como una suerte de “laboratorio” desde el cual es posible pensar desde una perspectiva histórica todo un conjunto de diferencias socioculturales respecto de los modos de experiencia social

ABSTRACT

In general terms, the study of Ancient Near East History is questioned under the pretext that it does not respond to ‘national’ interests, that is, such knowledge is futile, absurd or unnecessary because it is far from Latin American history as well as – and more specifically – of the reality and the needs of the present. However, Ancient Near East History can become an extremely fertile and operational field to study and research if we avoid its delimitation based on certain historiographic and anthropological prejudices that are still present in academic media. In this paper, we propose some considerations about the relevance of the study of Ancient Near East History as a kind of ‘laboratory’ from which it is possible to think a whole set of sociocultural characteristics different from our contemporaneity modes of social experience and to recognize the diversity of ways in

* Universidad Nacional del Nordeste (UNNE), Chaco, Argentina.

** Consejo de Investigaciones de la Universidad Nacional de Salta (CIUNSA), Salta, Argentina. horazapatajotinsky@hotmail.com <<https://orcid.org/0000-0001-5192-0315>>

más afines a nuestra contemporaneidad y reconocer la diversidad de formas en que puede materializarse la experiencia humana a lo largo de la historia.

Palabras clave: historia; Antiguo Cercano Oriente; importancia social.

which human experience can materialize throughout history.

Keywords: Ancient Near East; History; social relevance.

No les falta razón a quienes dicen que de vez en cuando hay que saber ver el mundo a través de los ojos del otro. De hecho, es entonces cuando uno empieza a comprender el misterio del mundo y el del ser humano.

Orhan Pamuk

A MODO DE INTRODUCCIÓN

“¿Qué sentido tiene estudiar la Historia del Cercano Oriente Antiguo hoy en día?”¹ Podríamos contestar tal interrogante simplemente con un monosílabo. Sin embargo, en este artículo no nos interesa responder esa pregunta de esta manera, sino abordarla desde una perspectiva de análisis que permita que, a nuestro juicio, ponderar las claves explicativas con que resultaron pensados los múltiples modos de abordar tal cuestión tanto en el pasado como en el presente, de manera de observar los cambios en los registros argumentales. En tal dirección, uno de nuestros propósitos es señalar que la historia antigua de Próximo Oriente puede volverse un campo de estudio sumamente fértil y operativo si se evita su delimitación a partir de una serie de prejuicios aún vigentes en los medios académicos. En efecto, a lo largo de las páginas que siguen argumentaremos que para avanzar en una visión mucho más rica y compleja del pasado de las primeras sociedades y culturas afroasiáticas es preciso distanciarse de aquellos *clichés* historiográficos que retrataban los estudios de historia antigua oriental como si se trataran de una serie de saberes inmóviles, propios de un “quehacer de anticuarios”. De acuerdo a ciertas percepciones, tales investigaciones resultarían totalmente innecesarias a nivel local – esto es, en el contexto de nuestras realidades sociales latinoamericanas –, ya sea porque aquí habrían otros escenarios históricos más legítimos y útiles (como las denominadas “Historias americanas” o las “Historias nacionales”), ya sea porque se trataría de un conjunto de saberes improductivos por estar alejados de las necesidades del presente.

Distanciándonos de tales visiones y también de la célebre idea de que el estudio del pasado permitiría extraer ciertas “lecciones” de orden moral, ofrecemos al lector algunas razones y reflexiones orientadas a sugerir un posicionamiento teórico alternativo sobre la historia del Cercano Oriente Antiguo. En tal sentido, esbozamos una serie de proposiciones críticas alrededor de la idea de tomar tal contexto espacio-temporal como una suerte de “laboratorio” con potencialidad heurística para afianzar ciertas competencias que, a nuestro entender, resultan sumamente vitales para el presente y de cara al futuro. Por un lado, un laboratorio desde el cual es posible pensar y reconocer la enorme diversidad de formas socioculturales en que puede materializarse la experiencia humana a lo largo de la historia, condición necesaria para desarrollar la comprensión, la tolerancia y el respeto. Y, por otro, un laboratorio que –remitiendo a las aspiraciones del historiador francés Marc Bloch ([1944]2001) – fortalezca un modo crítico de aproximación a nuestra propia realidad social que permita pensarla, reconocer su carácter transitorio y transformarla.

PRIMERA RAZÓN

¿Qué valor podemos atribuir al estudio histórico de las sociedades afroasiáticas de la antigüedad? El estudio del Cercano Oriente antiguo es relevante porque, en primer lugar, recapitular su historia significa, nada más y nada menos, que acceder al conocimiento del origen de numerosos artefactos, instituciones e ideas que siguen existiendo en nuestra vida cotidiana e integran el gran acervo cultural vigente. Existen en efecto numerosos elementos –unos de orden material, otros de orden simbólico – de nuestra civilización actual, tan engreída e inmodesta, cuyas raíces llegan hasta los principios organizacionales de las antiguas sociedades originadas en las riberas de los ríos Nilo, Tigris y Éufrates y también en sus áreas circundantes.

Al señalar este aspecto no deseamos ampararnos en el paradigma de *Ex Orient Lux* para fundamentar la trascendencia del estudio del Cercano Oriente, paradigma según el cual ciertos pueblos de la antigüedad (como los egipcios, babilonios, asirios, persas, fenicios y hebreos) fueron tomados en conjunto como la “cuna de la civilización” (Bahrani, 1998, p. 162-163; Liverani, 2012, p. 19-22; Liverani, 1999, p. 5) y valorados en función de sus aportes a la cultura universal, el cual incluía – entre otras cosas – el Estado, las ciudades, la escritura, el derecho, la metalurgia, las ciencias y las artes. Desde este punto de vista, por ejemplo, a los sumerios se les debía la escritura, a los fenicios el alfabeto, los códigos legales a los babilonios y el monoteísmo a los hebreos. Descriptas

en virtud de su particular legado cultural, las grandes civilizaciones originadas en Egipto y Próximo Oriente eran tenidas como verdaderas “áreas nucleares” del Viejo Mundo – esto es, como los únicos centros de invención e irradiación cultural de ideas y tecnologías –, mientras que sus poblaciones vecinas eran apenas culturas inferiores que, habiendo permanecido sin alteraciones significativas por largos períodos de tiempo, por lo cual imitaban pobemente a aquéllas (Rubio de Miguel, 2001). Conforme a estas ideas, la invención de la agricultura habría sucedido sólo una vez en el Creciente Fértil, desde donde se difundió por África, Asia y Europa, o bien la adopción del carro de guerra por las poblaciones semíticas era producto de la ola de invasiones de tribus indoeuropeas que tuvieron lugar en diferentes partes del Mediterráneo. En resumen, según esta visión historiográfica originada en Europa a mediados del siglo XIX y que aún permanece vigente en diversos centros académicos y sistemas educativos del mundo (Zapata, 2015, p. 305-316; Pföh, 2018, p. 5-8), la relevancia de estudiar la historia de las sociedades antiguas del Próximo Oriente radicaría en acercarse a los orígenes más profundos de la historia universal.

Sin embargo, no podemos continuar argumentando la relevancia del estudio de las sociedades del Cercano Oriente antiguo desde tal perspectiva. Si bien es cierto que una serie de hechos significativos para la historia de la humanidad han tenido lugar en Oriente (como las primeras manifestaciones de la vida aldeana, el inicio de la urbanización, el surgimiento de Estados, la aparición de la escritura, etc.), aquella visión historiográfica conduce a plantear el problema de la dinámica histórica desde una percepción eurocéntrica – o, con más precisión, occidentocéntrica – y su interpretación a partir de enfoques claramente evolucionistas y difusionistas. Por un lado, es preciso que impugnemos el hecho de que la historia de la humanidad siga siendo identificada con la llamada Historia de la Cultura Occidental, abordada como una sinopsis histórica bastante esquemática, plagada de lugares comunes y prejuicios etnocéntricos y representada a partir de una gran línea temporal que, según la tradicional periodización cuadripartita, lineal y universalista, comenzaba con aquella “primera fase” de la Edad Antigua centrada en el Cercano Oriente (la cual iniciaba con los primeros textos escritos y finalizaba con la conquista alejandrina), una fase más próxima en términos espacio-temporales y culturales a la sociedad occidental, pero distante respecto de un “Lejano” Oriente. Cada vez más al poniente, esa historia proseguía con su recorrido incluyendo a la democracia griega, el imperio romano, la Europa medieval y cristiana, el Renacimiento, la modernidad ilustrada, la *Belle Epoque* burguesa y el mundo contemporáneo. Si bien esta modalidad de secuenciación histórica continúa vigente, ha sido

objeto de varias objeciones críticas (Castellán, 1958; Chesneaux, [1976]2005, p. 97-105; González; Porta, 1997, p. 49-57), así como algunos de sus conceptos centrales – como la idea de “antigüedad” (Guarinello, 2013, p. 17-28). Sin embargo, aquí quisiéramos concentrarnos en denunciar la influencia que posee sobre ambas cuestiones una forma de colonialismo profundamente etnocéntrico, denominado “colonialismo epistemológico” (Lander, 2000), que lleva a considerar las experiencias – del pasado y del presente – conectadas pura y exclusivamente con las de Occidente y, por ende, termina estigmatizando e invisibilizando cualquier forma histórica de alteridad no-occidental (Preiswerk; Perrot, 1979; Amin, 1989; Wallerstein, 2001; Pfoh, 2018, p. 8-9).

A partir de esta crítica, también es preciso que reformulemos las periodizaciones que, amparadas en metáforas biologicistas y en la idea decimonónica de progreso, ven en las antiguas civilizaciones de Egipto y Mesopotamia al primer gran “eslabón” de una larga cadena evolutiva en la medida que en su seno abrigaban a las formas más primigenias y/o “embrionarias” de los logros culturales y tecnológicos más trascendentes del hombre, los cuales iban perfeccionándose con el correr del tiempo hasta llegar a sus versiones más desarrolladas, “adultas” y/o “superiores” (Liverani, 2012, p. 728) a través de una secuencia imaginada de forma lineal, ascendente y cronológica, cuyo inicio suele ubicarse en el Oriente exótico, glorioso y monumental y su desenlace en el actual Occidente blanco, cristiano y capitalista. En consecuencia, es preciso evitar retratar al Cercano Oriente como el “punto de partida” de una prolongada trayectoria unilineal de conocimientos y materiales que son recuperados y perfeccionados como si se trataran de una especie de antorcha que se pasa en una corrida de postas y relevos. Además, dado que el evolucionismo traduce la noción de unidad del género humano a una línea temporal única de desarrollo histórico inevitable, las diferencias sociopolíticas y culturales son necesariamente concebidas como diferencias evolutivas, por lo que la diversidad de modos de vida que no se ajustaban al concepto etnocéntrico y occidental de civilización son consideradas básicamente una expresión del atraso de las sociedades. Por lo que no resulta casual que a pesar de personificar el vórtice histórico del cual emanaron los principales elementos civilizatorios que sentarían las bases del futuro de la humanidad, los pueblos próximo-orientales fueron apreciados como antípodas de los valores y creencias culturales de Occidente, haciendo que se volvieran frecuentes las oposiciones entre el despotismo oriental y la democracia occidental; entre el palacio oriental y la *polis* griega (o la *civitas* romana); entre el inmovilismo técnico-cultural de Oriente y el progreso acumulativo de las civilizaciones europeas; entre una sabiduría

mística, oculta y mágica de Oriente y la reflexión laica, racional y científica de Occidente (Liverani, 2012, p. 20; Hobson, 2006, p. 25-49). Finalmente, resulta discutible la noción difusionista de que los rasgos culturales más significativos tenían su único origen – exacto en términos cronológicos y espaciales – en esas civilizaciones evolucionadas, a partir de las cuales se dispersaban geográficamente y eran adoptados pasivamente por otras sociedades con menor grado de desarrollo. Dicha postura desconsidera y obstaculiza la identificación de las distintas resignificaciones que las ideas, prácticas y/o artefactos experimentan cuando efectivamente son incorporados por una sociedad que no los ha inventado de forma independiente.

No tomar distancia de estos esquemas significaría, en consecuencia, dos cuestiones: por un lado, adherir sin más tapujos al postulado de que “la humanidad se ha lanzado a una carrera mundial en pos del triunfo universal de la razón y los valores occidentales, y que las antiguas costumbres son reemplazadas por otras nuevas y mejores” (Kemp, 1992, p. 13). Y, en segundo lugar, quedar enfrascados en la tendencia que Marc Bloch llamó “ídolo de los orígenes” ([1944]2001, p. 59-64) consistente en pensar que al hallar los antecedentes temporales de un determinado proceso hemos logrado también descubrir los fundamentos que lo explican integralmente. Cuando esbozamos este tipo de idea, en el fondo estamos aceptando la existencia de ciertas leyes sociológicas generales detrás de la historia que explicarían los diversos procesos de cambio, quitando por tanto la posibilidad de reconocer el carácter contingente de las fuerzas locales y globales que configuran a las sociedades en un momento determinado. Más allá de las consecuencias teóricas que conlleva esta visión para el análisis de los procesos históricos, sus contenidos tienen además consecuencias de peso sobre los terrenos actuales de la política y la ideología. La expresión más potente y extrema de tales percepciones – especialmente en sus versiones tecnocráticas y neoliberales – es lo que puede describirse como la “naturalización de las relaciones sociales”, noción según la cual las características de una sociedad son la expresión de tendencias espontáneas y naturales de la evolución histórica. Dentro de ese horizonte, la sociedad occidental, moderna y capitalista aparece retratada no sólo como el orden social deseable, sino – y básicamente – como el único modelo civilizatorio posible, imponiendo la “falsa coartada” (Borón, 1999) de que la política y el debate intelectual son elementos innecesarios en la medida en que ya no hay alternativas posibles a ese modo de vida.

Ahora bien, la verdad es que ni el mundo contemporáneo – capitalista y globalizado – ni tampoco las diversas realidades latinoamericanas existentes

en la actualidad han nacido en el vacío. Si deseamos conocer el presente en su integridad, es preciso y conveniente que lo hagamos partiendo de los múltiples pasados que han construido nuestro presente y la historia del Cercano Oriente es justamente uno de esos tantos pasados que nos proporciona el conocimiento global de las primeras experiencias de los hombres viviendo en sociedad. Hasta qué punto esas sociedades vivieron dichos procesos de transformación de forma propia o si –en todo caso – capitalizaron viejas ideas y prácticas en un nuevo contexto sociocultural son, en todo caso, preguntas interesantes y cruciales, pero cuya discusión no corresponde a este lugar. Sin embargo, es innegable que en aquel período, que se extiende a lo largo de varios milenios y que ocurre en un marco geográfico tan extenso y diverso, han tenido lugar una serie de procesos de cambio de carácter decisivo para la humanidad. Evitando las anteriores concepciones etnocéntricas, el estudio de estas antiguas sociedades ofrece la oportunidad de explorar las “formas simples” de las grandes invenciones materiales e intelectuales que conformaron una suerte de “gramática elemental de la historia” y así conseguir una mejor percepción de la naturaleza humana (Liverani 2012, p. 726), aunque ello no significa que no ocurriesen en otros contextos espacio-temporales y culturales. A la luz de estas metáforas conceptuales, la historia del Próximo Oriente puede constituirse en una suerte de “laboratorio histórico privilegiado en el que ciertos fenómenos pueden ser estudiados en estado puro (por así decirlo), al no existir las interferencias que dificultan su reconocimiento y análisis en fases más avanzadas de la historia. Las formas simples son más fáciles de descubrir en su estadio inicial y a nivel ingenuo, pero una vez descubiertas es fácil seguirles la pista como elementos de construcciones mucho más sofisticadas” (Liverani, 2012, p. 727). Y, en tal dirección, la historia del Cercano Oriente puede además abrir un espacio para la reflexión y el debate porque, en rigor de verdad, nada está preescrito y todas las sociedades continúan elaborando su presente y pensando en el futuro a partir de las decisiones que toman en el marco de estructuras legadas por el pasado.

SEGUNDA RAZÓN

Anteriormente hemos señalado que una primera razón para estudiar la historia de las sociedades antiguas del Próximo Oriente radicaba, en efecto, en que la misma posibilita adentrarse en alguno de los principales cimientos de la humanidad, aquellos elementos que fueron macerándose con el tiempo y sin los cuales el mundo actual no puede llegar a ser comprendido en su

integridad y complejidad. Los poblados, las ciudades, los Estados, los impuestos, los sistemas de escritura, las redes de comercio, los tratados diplomáticos, así como un conjunto variopinto de instituciones, objetos y costumbres existentes en nuestras vidas tuvieron, en efecto, su temprana génesis a orillas de varios ríos que actualmente continúan fluyendo – si bien mucho más contaminados –, y en el marco de sociedades sumamente diversas y complejas, cuyas culturas, lejos de ser estáticas e inmutables, no estaban exentas de cambios ni eran herméticas a los contactos e influencias del mundo exterior.

Ahora bien, ¿qué otra importancia puede tener conocer procesos socio-culturales tan remotos en tiempo y espacio para la vida en el presente? Comprobar que en aquella lejana región ya existían elementos y procesos fácilmente reconocibles en la actualidad permite advertir que el mundo tal cual lo conocemos hoy en día comenzó a gestarse hace más de cinco mil años y, a partir de allí, tomar conciencia de una de las muchas vertientes históricas que componen nuestra realidad social. En efecto, el conocimiento histórico de las sociedades orientales antiguas es importante porque abre la posibilidad de situar la multiplicidad de estructuras y procesos que caracterizaron tal período histórico dentro de un panorama más amplio y examinarlos desde un enfoque histórico comparado (Detienne, 2001; Hannick, 2000, p. 301-327; Kocka, 2002, p. 43-64). La comparación histórica resulta ser una vía hermenéutica sumamente rica para entrar en contacto con una gran diversidad de sociedades – del pasado y del presente – y así percibir las múltiples formas de organización social y cosmovisiones existentes en distintas situaciones desde sus semejanzas y diferencias culturales (Trigger, 2003, p. 3-14), incluso aquellas que otorgan relevancia al Cercano Oriente antiguo.

Habiendo planteado esa cuestión, no podemos afirmar simple y categóricamente que “la historia empieza en...” – por parafrasear el título de un libro clásico retomado recientemente (Kramer, [1956]2010; Parra Ortiz, 2011) – y, por tanto, implicar que la génesis de toda nuestra civilización tenga lugar en Egipto y Asia occidental. Esos pueblos no fueron en absoluto los únicos autores de realidades y pensamientos fundamentales para el género humano. En la actualidad, historiadores y arqueólogos subrayan la existencia de distintos asentamientos humanos localizados en otros puntos del planeta que gestaron de forma autónoma verdaderos “procesos civilizatorios”, materializados en novedosos modos de adaptación al medio ambiente y aprovechamiento de sus recursos, sistemas de organización social, económica y política, formas de adquisición, registro y transmisión de los conocimientos, expresiones culturales y concepciones ideológicas que pasaron a componer, en última instancia, parte

importante de las grandes creaciones culturales. Fuera de Egipto y Próximo Oriente, pero continuando en el ámbito asiático, pueden identificarse dos núcleos civilizatorios: aquellos con centro en los valles del río Indo y del río Amarillo respectivamente. No podemos decir lo mismo de Grecia y Roma, ya que ambas culturas no emergen de una forma espontánea sino que lo hacen dentro del marco más amplio de interacciones con las demás civilizaciones mediterráneas que fueron sus contemporáneas. Y, del otro lado del océano Atlántico, en el actual continente americano, surgieron otros dos importantes núcleos: Mesoamérica y el área andina. Cabe mencionar que estas últimas civilizaciones, así como la india y la china, no lograran influenciar sino hasta más adelante a las demás sociedades, debido a su aislamiento geográfico e histórico, pero no hay duda que lo hicieron y de formas muy decisivas.

Por tanto, las culturas antiguas del Cercano Oriente pueden ser comparadas con otras sociedades contemporáneas que habitaron la actual porción occidental de la cuenca del mar Mediterráneo, tales como las civilizaciones greco-romanas. Paralelamente, sobre la base de esas mismas dinámicas sociohistóricas, es posible plantear enfoques comparativos que permitan la integración teórica de otras experiencias distantes en tiempo y espacio, como aquellas gestadas en la América precolombina, particularmente en Mesoamérica y el área andina. Dichas analogías históricas permitirán identificar problemas que difícilmente podrían plantearse o reconocerse en absoluto sin tal hermenéutica. Al proponer ejes de comparación analítica, no buscamos establecer alguna contigüidad espacio-temporal entre las distintas sociedades que devele la supuesta existencia de leyes universales detrás de sus periplos históricos y legitime la idea de “lo inevitable” en el curso histórico, ni tampoco concebir la diversidad básicamente como la expresión cultural del desarrollo desigual o asincrónico de las sociedades, reduciendo la explicación a secuencias simplistas y/o esquemáticas. Mucho menos presentar la divergencia entre las dinámicas estatales del mundo oriental y prehispánico, por un lado, y del mundo greco-romano, por el otro – divergencia que podría sintetizarse bajo la fórmula “coerción sobre el súbdito frente a la libertad-igualdad del ciudadano” – como una prueba transhistórica de la aparente supremacía de las formas sociales de Occidente sobre otras, reduccionismo superficial cuyo peso ideológico sigue siendo importante más allá de los escenarios académicos, en especial en aquellos donde se trazan muy diversas políticas que rigen en las sociedades actuales. Al contrario, esas comparaciones tornan viable abrir la visión a diferentes situaciones a partir de un campo de problemas comunes (que las articula y otorga su “equivalencia conceptual”) y conlleva la oportunidad de comprender de

otra manera la especificidad de las instituciones, dinámicas e imaginarios de las sociedades antiguas. Tal fue el planteo del arqueólogo Bruce Trigger: “Un estudio comparativo de los aspectos comunes a todas, o incluso algunas, de las civilizaciones tempranas nos puede ayudar a comprender mejor al antiguo Egipto. Al mismo tiempo, los caracteres distintivos del antiguo Egipto son igualmente importantes para comprender todas las demás civilizaciones tempranas” (Trigger, 1995, p. 5, traducción nuestra). En definitiva, la comparación de diversidad de situaciones históricas – que en la mayoría de aspectos son suficientemente parecidas a la vez que diferentes – resulta ventajosa para perfilar más claramente las especificidades de cada una y corroborar que los sucesos históricos comunes que vivenciaron, adquirieron configuraciones únicas y singulares.

De este modo, la constatación que las formaciones políticas y sociales del Próximo Oriente antiguo constituyen el producto de una configuración cultural localizable y contingente, nos ayuda a reconocer más las diversas expresiones en las que puede manifestarse la existencia social a lo largo de la historia así como también la gran diversidad de culturas que existen en nuestro presente. Ello se debe a que, innegablemente, las dinámicas de las sociedades del Cercano Oriente Antiguo forman parte de una historia mucho más profunda y extensa que llega hasta nosotros, plasmando de manera casi imperceptible, las experiencias que definen la vida de los hombres en sociedad, coexistiendo en ella elementos del pasado (continuidades) con otros nuevos (cambios) (Liverani, 2008, p. 49). Por ello, la consideración de esos procesos ocurridos en lejanas geografías hace milenios resulta muy útil para contrastarlos con los modos de modos de vida propios de nuestra época, sistematizar las pervivencias y mutaciones a través del tiempo y, a través de esta vía, entender más exactamente esa condición compleja, voluble e inasible que solemos definir como naturaleza humana. En esta dirección, no debemos obviar que detrás de lo que entendemos por historia antigua oriental, se asoma indefectiblemente lo que fuera la experiencia social de las primeras comunidades humanas afroasiáticas, esto es, la “vida histórica” (Romero, 2008) transitada habitualmente por mujeres y varones y que se manifestó en una dimensión material (un modo de producción a partir de la interacción con la naturaleza) y otra simbólica (un sistema de representaciones que dichas comunidades tienen de sí mismas y de las demás). Tal caracterización comulga notablemente con la posición teórica que queremos enfatizar aquí, al estar convencidos de que ocuparse de la historia de las sociedades del Cercano Oriente antiguo (o, incluso, de la historia antigua en general) no es un ejercicio ni ocioso ni fútil, sino un esfuerzo

legítimo por asir una historia que, como cualquier otra, sigue siendo “historia contemporánea” según el bien conocido y clarificador *dictum* de Benedetto Croce (1971, p. 11).

Por más remotos – o, inclusive, remotísimos – que parezcan en términos cronológicos los hechos que presenta “la vida material, social, económica, intelectual e incluso emocional de las personas” del Próximo Oriente antiguo, es inevitable no sentirse identificados con “sus afanes, anhelos, dolores, luchas, miserias y grandezas”, como acertadamente afirman Cristina De Bernardi y Eleonora Ravenna (2006, p. 23, traducción nuestra). Esta sensación que experimentamos al indagar en los modos a través de los cuales las distintas personas y grupos elaboraron, escenificaron y dieron sentido a su experiencia cotidiana se debe a que tanto las sociedades antiguas como las modernas arrancan de un mismo núcleo de nociones y conductas primarias que pueden traducirse en lo que Ernest Gellner llamó “un capital cognitivo fijo” (citado en Candau, 2001, p. 23). Sobre esta cuestión, el egipólogo Barry Kemp (1992, p. 7) ha apuntado que a lo largo de la historia los hombres compartimos, por pertenecer a la misma especie (*Homo Sapiens*), unos mismos fundamentos psicobiológicos y antropológicos; dado que nuestra estructura cerebral no ha sufrido alteraciones físicas desde que nuestra especie apareció en el planeta y lo pobló, poseemos el mismo bagaje intelectual de aquellos varones y mujeres del pasado. Es precisamente sobre esa base común – y en virtud de múltiples factores externos – que las comunidades humanas se han hecho tan heterogéneas, dando lugar a la extraordinaria diversidad de culturas que existieron y existen a nivel planetario.

Por ello, es preciso recordar que cuando hablamos de “el pasado” estamos refiriéndonos a múltiples vidas vividas, extinguidas sin duda, pero que persisten como sedimentaciones actuantes en la memoria colectiva y se expresan a través de la cultura, entendiendo esta última como el conjunto de acervos materiales e intelectuales creados, compartidos, transmitidos y modificados social y temporalmente con que los miembros de las sociedades hacen frente de manera individual o colectiva, mental o conductualmente, a las distintas situaciones que se les presentan en la vida. No se trata simplemente de un conjunto cristalizado y uniforme de objetos, ideas, representaciones y formas de acción que se transmiten de generación en generación, sino de la forma propia que tiene una sociedad en particular para responder intelectualmente ante cualquier circunstancia. Esta definición de cultura resulta muy operativa para entender a las sociedades del pasado como la expresión de “soluciones a los problemas de la existencia individual y colectiva que podemos sumar a la

diversidad de soluciones manifiestas en el mundo contemporáneo” (Kemp, 1992, p. 13). Desde esa óptica, es posible sostener que el mundo histórico del Cercano Oriente es, al mismo tiempo, la historia de cómo inicia la preocupación por zanjar los problemas propios de una humanidad que acababa de salir de la etapa de la caza y la recolección y se adentraba en el neolítico. Allí donde el hombre organizó su vida en sociedad por vez primera, encontramos pues los testimonios más antiguos de personas preocupadas por hallar respuestas a desafíos que se han mantenido, con caracteres bastante semejantes, hasta la época actual. Sin que se pueda tildar dicho argumento de despropósito histórico, acordamos con Kemp cuando indica que los seres humanos “nos seguimos enfrentando a la misma experiencia básica que en el pasado” (1992, p. 7), por lo que existen todo un conjunto de conductas básicas que cimentaron la base de la idiosincrasia humana en todos los tiempos y constituyen “matrices de experiencia” (De Bernardi; Ravenna, 2006, p. 24, traducción nuestra). Considerar estas matrices en el estudio del universo del Cercano Oriente antiguo nos permitirá identificar ciertas correspondencias entre los procesos antiguos y actuales.

Ahora bien, si valoramos una determinada institución o proceso de tales sociedades desde la diferencia o semejanza con lo que nosotros hacemos o pensamos, es importante no correr el riesgo de interpretar la lejanía o la similitud como una prueba de modernidad o no de tales hábitos o manifestaciones culturales. Más allá de que podamos asombrarnos con tantos problemas existenciales que justifican la impresión de la proximidad de esos milenios tan lejanos, es indiscutible que estamos examinando sociedades con arreglos institucionales, estructuras sociales, sistemas económicos e ideológicos que presentan diferencias sumamente significativas respecto de los modos de organización que existen en la actualidad (Liverani, 2008, p. 49). Analizar esas diferencias con nuestras implica muchos y complejos problemas que en el caso de las culturas de Cercano Oriente se agravan a causa de la influencia del marco conceptual en el que hemos sido educados. Solemos pensar que por vivir en sociedades en las que predominan ciertas costumbres, instituciones, valores y modalidades de conocimiento y significación, éstas son las únicas formas válidas, objetivas y universales; en consecuencia, tendemos a concebir aquellas provenientes de sociedades del pasado como formas anacrónicas o perimidas, superadas con el tiempo a partir de los profundos cambios en la educación y la cultura. No obstante, debemos aceptar el hecho de que el tan mentado progreso no nos ha vuelto seres superiores respecto de aquellas civilizaciones “cuyo único pecado, en muchas ocasiones, es ser mucho más antiguas que las

nuestras" (Pérez Largacha, 2004, p. 19-20). En todo caso, es posible que ciertas habilidades humanas hayan mejorado (como la capacidad para resolver problemas) a lo largo de la historia, pero – como ya apuntamos *supra* – la capacidad cognitiva subyacente del hombre no lo ha hecho. Esto significa que los hombres que vivieron en aquellos mundos antiguos, diferentes en muchas maneras, eran tan (o tan poco) inteligentes como nosotros (Kemp, 1992, p. 8).

La variedad de instituciones, prácticas y representaciones gestadas por las antiguas culturas próximo-orientales tenían por finalidad satisfacer unas preocupaciones básicas e inherentes a toda la humanidad, pero es indudable que se encontraban conectadas con otro tipo de lógicas sociales, diferentes de aquellas que estructuran las dinámicas socioculturales contemporáneas. En la medida que los principios ordenadores de cada cultura son, sin duda, diversos a la vez que únicos e irrepetibles, no necesariamente compatibles unos con otros o con los nuestros, las sociedades del Cercano Oriente antiguo resultan ser "alteridades históricas". Lo son porque la misma sensación de ajenidad que genera al historiador ese universo de prácticas culturales del pasado es, por cierto, similar a la experiencia de lo extraño que experimenta el antropólogo cuando lleva adelante su trabajo de campo etnográfico dentro de un grupo o comunidad con pautas culturales diferentes a las suyas (Rockwell, 2009, p. 143-156). Pensar las sociedades afroasiáticas del pasado en términos de "otredad" no conlleva suponer que se trata de mundos "ilógicos" o "irracionales", sino buscar "comprender y hacer comprender" (Febvre, [1953]1975, p. 133) que los antiguos habitantes de Egipto y del Asia occidental realizaron, construyeron y expresaron su mundo de una manera que desde nuestra perspectiva pueden parecer "exóticas" y "raras", pero que poseen una razón de ser o significado que es válido para el conjunto de miembros de sus respectivas sociedades (Campagno, 1998, p. 12; Cervelló Autuori, 1996, p. 17-20). Alcanzar una aproximación histórica a esas lógicas de organización social que nos resultan "extrañas" y elaborar registros explicativos acerca de los caracteres culturales de esa otredad objeto-sujeto implica, como primera condición, aceptar que las mismas eran "diferentes" (en el mejor sentido del vocablo), por lo que las sociedades antiguas deben ser concebidas y reconocidas como "otras" culturas: ni mejores ni peores; ni primitivas ni arcaicas; ni más ni menos civilizadas, simplemente, "distintas" (Flammini, 2005, p. 14).

En el caso de las culturas del Próximo Oriente antiguo, es factible comprobar como uno de sus principales rasgos distintivos la imposibilidad de diferenciar los campos que – en la actualidad – identificamos con el nombre de "política", "economía", "arte" y "religión" como esferas independientes. En

efecto, tales esferas se presentaban como una realidad inextricablemente unida y no una simple interconexión o superposición de diferentes capas. Con ello no queremos indicar simplemente que las prácticas y representaciones asociadas a lo político, lo religioso o lo económico aparecían como caminos paralelos o coincidentes, sino que la propia experiencia histórica de las formaciones sociales antiguas nos muestra que tejieron numerosos vínculos y construyeron escenarios comunes al punto de confundirse y llegar a semejar un único plano de la realidad social. En íntima relación con este último aspecto, será preciso no olvidar que cuando hablamos de las sociedades antiguo-orientales lo hacemos desde nuestra experiencia histórica y, por tanto, desde nuestra visión científico-positivista del mundo, sin darnos cuenta que de ese modo definimos el todo desde una pequeña parte o contemplamos un universo de discurso desde otro que le es ajeno. En consecuencia, resultará importante no sólo entender la escisión entre dimensiones (tal como sucede en nuestra realidad contemporánea) es acertada sólo en términos analíticos cuando el objetivo pase por comprender formaciones sociales en las que ni la ideología, ni la política, ni la economía constituyan ámbitos discernibles.

Lo expresado nos lleva, inevitablemente, al problema de los conceptos que resultan pertinentes o no lo suficientemente adecuados para interpretar las distintas relaciones sociales que guardan una lógica propia y singular en el contexto sociocultural concreto de cada una de las sociedades antiguas próximas-orientales. Todos y cada uno de esos fenómenos históricos que caracterizan a las mismas plantean una serie de desafíos intelectuales de primera magnitud pues no sólo involucran debates historiográficos, sino que además requieren extremar la precisión de las categorías de análisis utilizadas y recurrir a los desarrollos de otros campos disciplinares (como la antropología, la sociología, la filosofía política, la economía, el análisis del discurso y/o de las imágenes). Es muy importante que al adentrarnos en las distintas experiencias históricas de dichas poblaciones sepamos asimismo la relevancia de no caer en anacronismos que resultan de extrapolar categorías conceptuales de un desarrollo histórico de Occidente posterior a la antigüedad o bien de aplicar conceptos que rigen nuestro universo discursivo y experiencia sociohistórica a la hora de explicar estos fenómenos tan “diferentes” – ese tropiezo que Wenceslao Roses (1987, p. 17) denominó el “vicio del modernismo” –, dos tendencias bastante comunes dentro de los estudios de historia antigua. Dicha premisa obliga a efectuar una lectura crítica de las obras de distintos egiptólogos y orientalistas, en las que solemos observar emplear, de forma abusiva y sin ningún tipo de recaudo, palabras como “absolutismo”, “feudalismo”,

“vasallaje”, “mercado”, “mercaderes”, “burguesía”, “propiedad privada”, “espacio público”, “espacio privado”, “código jurídico”, entre otras. Como contraparte, será necesario “calibrar” los distintos conceptos empleados en función de cada situación histórica y resignificarlos como una constelación de herramientas conceptuales que contribuya, de acuerdo a G. de Ste. Croix, a renunciar “a todo deseo de realizar un cuadro orgánico de una sociedad histórica, iluminando por toda perspectiva de la que hoy día podemos disponer” y no nos conformemos simplemente con “reproducir de la manera más fiel posible algún rasgo en particular o algún aspecto de dicha sociedad, estrictamente en sus términos originales” (De Ste. Croix, 1988, p. 102).²

En resumen, son estas premisas y proposiciones hermenéuticas las que, en definitiva, permiten sostener que la historia antigua oriental constituye un saber relevante que además de situar a cualquier persona frente al estudio de un conjunto de sociedades con patrones organizativos semejantes pero a la vez distintos de los nuestros, contiene un significativo potencial pedagógico expandir nuestros propios horizontes de comprensión e interlocución cultural en el presente.

TERCERA RAZÓN

Si la historia del Cercano Oriente antiguo suministra una serie de conocimientos que invitan a contemplar nuestra realidad desde una perspectiva histórica y, a la vez, desde un tipo de percepción lo suficientemente ontológica como para alentar que nos conduzcamos a partir de una suerte de ética intercultural, cabe preguntarnos ¿qué otro tipo de beneficio puede detentar el conocimiento de las diversas experiencias sociohistóricas protagonizadas por las antiguas culturas que poblaron algunas de las regiones de los actuales continentes de Asia y África?

Como primera aproximación histórica a las sociedades del mundo de afroasiático, el estudio de la historia del Antiguo Próximo Oriente resulta ser un camino sumamente provechoso para incentivar un mayor interés por las actuales realidades demográficas, políticas, sociales, económicas y culturales de ambos continentes. Al respecto, Mario Liverani señala que tales historias “nos obligan a salir del cascarón egocéntrico para conocer experiencias y recorridos que hasta ahora habían sido objeto de otros etnocentrismos” (Liverani, 2012, p. 22). En efecto, siendo protagonistas de una época en la que diversos países del mundo afroasiático han venido imponiéndose como actores de peso en la sinuosa dinámica política y económica internacional, el

conocimiento sociohistórico puede propiciar claves para un mejor entendimiento de los caracteres de las diversas sociedades que habitan tales regiones no occidentales en la actualidad. En igual sentido, la historia de estas antiguas sociedades podría fomentar una perspectiva crítica y generar nuevos entendimientos y acercamientos sobre ciertos procesos socioculturales de aquellas regiones que nos resultan extraños por ignorancia o por estar “fosilizados” en la percepción generalizada de la cultura occidental y cristiana, como por ejemplo, el entramado entre política y religión en las sociedades islámicas, así como las formas en las que aún se expresa una dinámica social e histórica que claramente no pierde vigencia a lo largo del tiempo.

Sin embargo, la importancia de las realidades africanas y asiáticas en la historia y la cultura mundial contemporánea ha quedado parcialmente relegada no sólo por el relato que ha hecho la historiografía occidental al asociar el pasado de dicho macro-área con una época esplendorosa (durante la cual los territorios actuales de Egipto, Irak, Siria, Jordania y el Levante palestino constituyeron núcleos civilizatorios de referencia) y su presente con las ideas de decadencia, de banalidad o lujo estéril y de conflictividad permanente. A esta última imagen ha contribuido, sin duda, la historia más reciente de esas zonas, famosas desgraciadamente por haberse convertido en una zona tremendamente castigada por todo tipo de conflictos (políticos, sociales, religiosos y lingüísticos) que, por cierto, se debe muchas veces a la intromisión de grandes potencias occidentales con intereses políticos y económicos en el tablero político local y que en todo ignoran el milenario valor histórico y cultural de esos territorios y sus sociedades.

Ciertamente, la secuela de guerras, muertes y violencia que han venido sufriendo países como Irak, Egipto, Siria y otros de Medio Oriente ha suscitado – y suscita – numerosos debates y polémicas, pero nosotros quisiéramos concentrar la mirada en una problemática puntual derivada de situaciones que han ocupado el centro de la escena política internacional: el impacto negativo de tales conflictos sobre el patrimonio arqueológico y cultural y sus efectos sobre las posibilidades de reconstrucción histórica a partir de los distintos materiales conservados. Nos interesa abordar esta cuestión porque si bien en las últimas décadas se observa un aumento de la información sobre la significación histórica que tienen los bienes culturales del pasado, asistimos paradójicamente a la destrucción de los mismos o, más bien, a la progresiva supresión de los mecanismos sociales y soportes materiales que vinculan la experiencia contemporánea de las personas con la de las generaciones anteriores, tendencia que un historiador de la talla como Eric Hobsbawm no dudó en catalogar

como “uno de los fenómenos más característicos y extraños de las postrimerías del siglo XX” (Hobsbawm, 2001, p. 13). Y entendemos que ello se debe a que la preservación patrimonial no es una política universal, sino que, como cualquier otra práctica social, cobra sentido dentro de concepciones culturales particulares acerca del valor del pasado.

Si bien la mayoría de los medios de comunicación ha focalizado su atención más en la cobertura y condena de las acciones de apropiación, vandalismo y destrucción de diversos bienes culturales, la crisis humanitaria hace parecer menos significativo el daño que los cañones, los bombardeos y los saqueadores han hecho a los objetos materiales frente a los sufrimientos y las pérdidas humanas. Desde ya que las vidas humanas siempre serán más importantes que cualquier artefacto, tal es nuestra posición y la queremos dejar en claro; pero a la vez deseamos plantear el interrogante de por qué no interesaron esas mismas vidas antes de las invasiones, masacres y genocidios. Sin embargo, tampoco deja de ser cierto que esas acciones atentan paralelamente a las vidas humanas y a todos los productos del pensamiento que, en rigor de verdad, conforman el invaluable patrimonio cultural de tales pueblos. Como quedó demostrado desde el incendio de la biblioteca de Alejandría, la guerra no solo acaba con la vida de las personas, sino también con el conocimiento que pertenece a toda la humanidad. El saqueo de sitios arqueológicos, los robos de piezas de museos, la mutilación de estatuas, la destrucción de archivos, bibliotecas y otros reservorios documentales, los *grafiti* en las paredes de edificios considerados monumentos históricos, entre otras actitudes, forman parte de los desafíos a los que se encontraron – y encuentran – expuesto los bienes patrimoniales. En el fondo de dichas prácticas existe un común denominador: de acuerdo con las circunstancias sociohistóricas e ideológicas del momento que se vive, cada grupo humano asigna un valor determinado a los objetos. En efecto, la atribución de algún tipo de connotación particular – positiva o negativa – es preponderante para la fundamentación de las prácticas que resguardan o amenazan los referentes culturales que resultan más significativos de una comunidad para la construcción de su identidad y la validación de la memoria de un pasado común, elementos siempre cambiantes, dinámicos y adaptables a los acontecimientos históricos contemporáneos.

Aunque no existe un consenso total acerca de la cantidad de piezas extraídas o mutiladas, pero seguramente se trata de varios miles, haciendo que la pérdida patrimonial sea muy importante; la misma ha sido una mezcla de robo de arte profesional, motín popular y *vendettas* ideológico-religiosas, aunque no está todo dicho e materia de las causas motoras. Pero no es difícil admitir que

para ciertas personas esos elementos pueden resultar un gran negocio, en la medida en que aún hoy el mercado negro de objetos arqueológicos es el tercero en volumen de negocios – después del tráfico de armas y drogas – produce el enriquecimiento ilícito de muchos comerciantes y gran parte de los materiales con que trafican están destinados al turismo, a los salones de subastas de “antigüedades” y en particular a coleccionistas privados, para quienes, además de una buena inversión, es un signo de distinción coleccionar y exhibir el botín de los despojos; mientras que para otras personas tales bienes constituyen una ofensa o bien un grave peligro para determinadas creencias, en tanto representan un conjunto de ideas que entran en tensión con una ideología considerada como la única y válida. Sin embargo, distanciándonos de cualquier presupuesto de cuño etnocéntrico que postula una única manera de aproximarse al pasado,³ no puede negarse que para determinadas sociedades, entre las que se encuentra la nuestra, los objetos saqueados y/o destruidos son considerados testimonios del pasado, obras de arte u artefactos que dan cuenta de la historia de la humanidad, que merecen ser valorados, conservados y estudiados y, por ello, constituyen pérdidas irreparables. Quien excava clandestinamente, saquea, roba o destruye documentos, obras de arte y piezas arqueológicas comete un delito, no sólo en el sentido de un acto que atenta contra la propiedad. Es también un crimen que daña de modo irrecuperable la memoria histórica que esos mismos objetos portan en sus coordenadas de espacio-tiempo y en relación con otros testimonios; gracias a ellos se escribe y transmite la historia.

Si todo este drama deja una enseñanza, ésta es que los conflictos no sólo destruyeron una cantidad aún no estimada de vidas humanas, sino también de múltiples vidas vividas en un pasado remoto, materializadas en los restos arqueológicos y cuya única forma de recuperarlas es estudiando dichos materiales. En efecto, otros muchos hombres y mujeres del pasado, que habían dejado el secreto de sus acciones escrito en papiros, tallado en el barro y las piedras o impreso en los edificios, han sido condenados a una segunda y definitiva muerte con la destrucción de esas piezas arqueológicas. A pesar de que pueda parecer algo insignificante, cada material destruido es una voz acallada, una historia silenciada. Sobre esta última cuestión, Mario Liverani indicó que “además de la ya creciente conciencia ecológica, precisamos también de una conciencia histórica todavía ausente con el objetivo de evitar errores irreparables en las decisiones políticas y económicas que afectan a todo el mundo y a su supervivencia” (Liverani, 1999, p. 9, traducción nuestra). De ese modo, la significación de los estudios históricos sobre el Cercano Oriente Antiguo pueden legítimamente engarzarse con la necesidad contemporánea por generar

políticas culturales atentas a democratizar el pasado colectivo y a promover la participación de las comunidades en la gestión de los distintos artefactos correspondientes a su herencia cultural, incentivando que sus integrantes se involucren de forma activa, opinando y tomando decisiones por sí mismos acerca de qué hacer con los bienes patrimoniales, cómo protegerlos, mantenerlos y usarlos.

Por tanto, mirada desde el presente, es innegable que la divulgación de la historia antigua de las sociedades del Cercano Oriente representa una posible vía hacia un mejor conocimiento de las realidades vigentes de Asia y África, pero también para estructurar la convivencia pacífica, la tolerancia y la conciencia ética sobre el irrenunciable valor de su riqueza y producción cultural como patrimonio altamente significativo para construir la historia de la humanidad y la identidad de un pueblo. Además, como latinoamericanos, no somos – ni podemos sentirnos – ajenos a tales realidades en absoluto. Las sociedades en las que vivimos en este hemisferio son ineludiblemente complejas y plurales, producto de diferentes corrientes migratorias y situaciones de mestizaje, por lo que no sorprende que en el seno de las mismas sea posible identificar la presencia de numerosos ciudadanos de orígenes asiáticos, africanos o de Oriente Medio, cuyas experiencias e identidades – al igual que la de otros grupos étnicos – son parte constitutiva de nuestras idiosincrasias nacionales en toda América Latina.

ALGUNAS REFLEXIONES FINALES

Pese a la enorme y significativa renovación académica que ha alcanzado hoy en día el campo de la historia antigua oriental, una problemática que no ha sido suficientemente trabajada dentro del mismo es la relevancia que presenta su estudio. Cabe advertir que no se trata de un asunto exclusivo de quienes se dedican a este período de la historia de la humanidad, sino más bien una tendencia bastante generalizada entre los historiadores – y otros especialistas en el estudio del pasado. Este trabajo ha sido un intento por abordar esta cuestión, en el cual – sin pretender dar una respuesta definitiva a la cuestión – propusimos más bien algunos argumentos y reflexiones que pueden ser pensados como una primera vía de acceso a responder el interrogante acerca de cuáles podrían ser las distintas aportaciones de estudiar tal etapa histórica.

En esa dirección, sostuvimos que el estudio histórico de sociedades tan distantes de la propia – en términos espaciales, temporales y culturales – demanda una operación historiográfica compleja que soporta tres procesos

fundamentales y complementarios. En primer lugar, al tomar en cuenta las múltiples circunstancias históricas que promueven la organización y desarrollo de la vida en comunidades dotadas de un profundo sentido de identidad, destacar la naturaleza profundamente social de los seres humanos. Fue así que partimos de una definición del Cercano Oriente como una entidad global – *conceptual* antes que histórica o geográfica – en la que una amplia diversidad de formaciones sociales se nos aparecen como un especie de “laboratorio histórico” que, desde un pensamiento histórico situado, permitían demostrar las invariantes de la conducta humana a través de los siglos sin dejar de ubicarnos en las coordenadas espacio-temporales de los actores o fenómenos estudiados.

En segundo lugar, con el estudio del antiguo Cercano Oriente es posible advertir los diversos elementos socioculturales que – desde los tiempos más remotos – contribuyeron a soldar los lazos sociales, lo que a su vez nos lleva a percibir la regularidad y diversidad de los procesos históricos y nos hace percatarnos de los rasgos generales y singulares que los caracterizan. En virtud de ello, señalamos que al formar parte de la gran corriente de la historia humana, de un proceso que se inició hace miles de años, resulta imposible no sentirse identificados con las distintas experiencias de aquellos varones y mujeres del pasado cuando descubrimos que debieron enfrentar los mismos problemas sociopolíticos, económicos y filosóficos que siguen aquejándonos en tanto miembros de la misma especie. Al mismo tiempo, recordamos que tales problemas existenciales indujeron a esas antiguas comunidades a buscar respuestas que se materializaron en modalidades de organización que presentaron configuraciones concretas y específicas, resultado de su inscripción en “otras” lógicas culturales.

Y en tercer lugar, al no dejarse llevar por una lectura etnocéntrica del pasado oriental preclásico y comenzar a entender a las distintas sociedades de la antigüedad como otras experiencias socioculturales, dispondremos de más elementos no sólo para replantear las narrativas históricas canonizadas sino también para interrogar el mundo en que vivimos y contraponer una perspectiva hermenéutica intercultural a cualquier forma de neutralización y descalificación esgrimida hacia todo modo alterno de concebir la existencia humana. Desde esa perspectiva, sugerimos que estudiar la historia de las antiguas culturas próximo-orientales tiene la potencialidad de hacernos personas menos dogmáticas y más reflexivas sobre la realidad que nos rodea, capaces de sospechar de la supuesta racionalidad de tantos lugares comunes, de batallar contra falsedades involuntarias o deliberadas sobre la supuesta inevitabilidad de una sociedad fundada en principios neoliberales (tales como el individualismo, la competencia

y la acumulación) y de cuestionar las distintas prácticas que amenazan con reducirnos a una pieza más en el engranaje del sistema. Al sostener esto, no sólo estamos planteando la urgencia de criticar un mundo diseñado a partir de la ideología del mercado, sino también la necesidad de suscitar el desarrollo de una verdadera ética intercultural que ayude a las nuevas generaciones a construir un mundo más justo y solidario. Una tarea a la que, ciertamente, puede contribuir el estudio de la historia del Cercano Oriente antiguo.

REFERENCIAS

AMIN, Samir. *El eurocentrismo: crítica de una ideología*. México, D.F.: Siglo XXI Ed., 1989.

BLOCH, Marc. *Apología para la historia o el oficio de historiador*. [1944]. Edición anotada por Étienne Bloch. México, D.F.: Siglo XXI Ed., 2001.

BORÓN, Atilio. Pensamiento único y resignación política: los límites de una falsa coartada. In: BORÓN, Atilio A.; GAMBINA, Julio; MINSBURG, Naum (comp.). *Tiempos violentos: neoliberalismo, globalización y desigualdad en América Latina*. Buenos Aires: Clacso, 1999.

CAMPAGNO, Marcelo. ¿El pasado de quién? Notas sobre las relaciones pasado-presente y Oriente-Occidente. *Relaciones Internacionales*, La Plata, v. 32, p. 1-14, 2007.

CAMPAGNO, Marcelo. *Surgimiento del Estado en Egipto*: cambios y continuidades en lo ideológico. Buenos Aires: Instituto de Historia Antigua Oriental “Dr. Abraham Rosenvasser”, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 1998.

CAMPAGNO, Marcelo. Tres modos de existencia política: jefatura, patronazgo y Estado. In: CAMPAGNO, Marcelo (ed.). *Parentesco, patronazgo y Estado en las sociedades antiguas*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2009.

CANDAU, Joël. *Memoria e identidad*. Buenos Aires: Ed. del Sol, 2001.

CASTELLÁN, Ángel. Proposiciones para un análisis crítico del problema de la periodización histórica. *Anales de Historia Antigua y Medieval*, Buenos Aires, n. 8, p. 7-48, 1958.

CERVELLÓ AUTUORI, Josep. *Egipto y África: origen de la civilización y la monarquía faraónicas en su contexto africano*. Sabadell: Ausa, 1996.

CHESNEAUX, Jean. ¿*Hacemos tabla rasa del pasado?* A propósito de la historia y los historiadores. [1976]. México, D.F.: Siglo XXI Ed., 2005.

CROCE, Benedetto. *La historia como hazaña de la libertad*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1971.

DE BERNARDI, Cristina I.; RAVENNA, Eleonora. “Orientalism” in Latin American Prospect. In: REGALZI, Giuseppe (ed.). *Mutuare, interpretare, tradurre: storie di*

culture a confronto. Atti del 2º Incontro “Orientalisti” (Roma, 11-13 dic. 2002). Roma: Università degli Studi “La Sapienza”, 2006.

DE STE. CROIX, G. M. D. *La lucha de clases en el mundo griego antiguo*. Barcelona: Crítica, 1988.

DETINNE, Marcel. *Comparar lo incomparable: alegato en favor de una ciencia histórica comparada*. [2000], Barcelona: Península, 2001.

DI BENNARDIS, Cristina. La centralización del poder político y el Estado en las sociedades antiguo-orientales: reflexiones sobre teorías e interpretaciones. In: DI BENNARDIS, Cristina; MILEVSKI, Ianir; RAVENNA, Eleonora (comp.). *Diversidad de formaciones políticas en Mesopotamia y el Cercano Oriente: organización interna y relaciones interregionales en la Edad del Bronce*. Barcelona: Institut del Pròxim Orient Antic, Universitat de Barcelona, 2013.

DI BENNARDIS, Cristina; D'AGOSTINO, Franco; SILVA CASTILLO, Jorge; MILEVSKI, Ianir. Relaciones centro urbano-periferia en la Mesopotamia Antigua y Zonas Contiguas del Cercano Oriente. *Rivista degli Studi Orientali*, Roma, v. 83, n. 1-4, p. 10-29, 2010.

FLAMMINI, Roxana. El antiguo Estado egipcio como alteridad: cosmovisión, discurso y prácticas sociales (ca. 3000-1800 a. C.). *Iberia – Revista de la Antigüedad*, La Rioja, v. 8, p. 9-26, 2005.

GONZÁLEZ, María Luz; PORTA, Luis Gabriel. Periodización y Modernidad. Una problematización desde los procedimientos de enseñanza. *Clio & Asociados – La historia enseñada*, Santa Fe, n. 2, p. 49-57, 1997.

GUARINELLO, Norberto Luiz. *História Antiga*. São Paulo: Contexto, 2013.

HANNICK, Jean-Marie. Brève histoire de l'histoire comparée. In: JUCQUOIS, Guy; VIELLE, Cristophe (ed.). *Le comparatisme dans les sciences de l'homme: approches pluridisciplinaires*. Bruxelles/Paris: De Boeck Université, 2000.

HOBSBAWM, Eric J. *Historia del siglo XX*. [1994]. Buenos Aires: Crítica, 2001.

KEMP, Barry. *El Antiguo Egipto: anatomía de una civilización*. [1989]. Barcelona: Crítica, 1992.

KOCKA, Jürgen. *Historia social y conciencia histórica*. Madrid: Marcial Pons, 2002.

KRAMER, Samuel Noah. *La historia empieza en Sumer*. [1956]. Madrid: Alianza, 2010.

LANDER, Eduardo (ed.). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: Clacso-Unesco, 2000.

LIVERANI, Mario. Ancient Near Eastern History: from Eurocentrism to an “Open” World. *Isimu – Revista sobre Oriente Próximo y Egipto en la antigüedad*, Madrid, v. 2, p. 3-9, 1999.

LIVERANI, Mario. *El Antiguo Oriente: Historia, sociedad, economía*. [1991]. Barcelona, Crítica, 2012.

LIVERANI, Mario. A che serve la storia. *Mundus – Rivista di Didattica della Storia*, Roma, v. 1, n. 1, p. 48-52, 2008.

PARRA ORTIZ, José Miguel. *La historia empieza en Egipto*: eso ya existía en tiempos de los faraones. Barcelona: Crítica, 2011.

PÉREZ LARGACHA, Antonio. *La vida en el Antiguo Egipto*. Madrid: Alianza, 2004.

PFOH, Emanuel. Notas sobre el saqueo de antigüedades en Irak y la memoria de Occidente. *Relaciones Internacionales*, La Plata, v. 32, p. 1-10, 2007.

PFOH, Emanuel. Pensar históricamente las sociedades de Asia y África: una mirada conceptual. In: ONAHA, Cecilia; PFOH, Emanuel; LANARE, Luciano (coord.). *Invitación al estudio de la historia de Asia y África*. La Plata: Ed. de la Universidad Nacional de La Plata, 2018.

PFOH, Emanuel; THOMPSON, Thomas L. Patronage and the Political Anthropology of Ancient Palestine in the Bronze and Iron Ages. In: HJELM, Ingrid; TAHA, Handam; PAPPE, Ilam; THOMPSON, Thomas L. (ed.). *A New Critical Approach to the History of Palestine*: Palestine History and Heritage Project 1. London: Routledge, 2019.

PREISWERK, Roy; PERROT, Dominique. *Etnocentrismo e Historia. América indígena, África y Asia en la visión distorsionada de la cultura occidental*. [1975]. México, D.F.: Nueva Imagen, 1979.

ROCKWELL, Elsie. *La experiencia etnográfica*. Buenos Aires: Paidós, 2009.

ROMERO, José Luis. *La vida histórica*. [1988]. Buenos Aires: Siglo XXI Ed., 2008.

ROSES, Wenceslao. *Algunas consideraciones sobre el vicio del modernismo en la historia antigua*. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México, 1987.

ROWLANDS, Michael; LARSEN, Mogens; KRISTIANSEN, Kristian (ed.). *Centre and Periphery in the Ancient World*. Cambridge: Cambridge University Press, 1987.

RUBIO DE MIGUEL, Isabel. Las primeras investigaciones del Próximo Oriente y la formación del paradigma difusiónista en la investigación prehistórica. In: CÓRDOBA ZOILO, Joaquín María; JIMÉNEZ ZAMUDIO, Rafael; SEVILLA CUEVA, Covadonga (ed.). *El Redescubrimiento de Oriente Próximo y Egipto*. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid, 2001.

TRIGGER, Bruce G. *Early Civilizations: Ancient Egypt in Context*. Cairo: The American University in Cairo Press, 1995.

TRIGGER, Bruce G. *Understanding Early Civilizations: A Comparative Study*. Cambridge: Cambridge University Press, 2003.

WALLERSTEIN, Immanuel. El Eurocentrismo y sus avatares: los dilemas de las Ciencias Sociales. [1996]. *Revista de Sociología*, Santiago de Chile, v. 15, p. 27-39, 2001.

ZAPATA, Horacio Miguel Hernán. La historia de las sociedades del Cercano Oriente Antiguo en los ámbitos argentinos de educación e investigación. In: RODRÍGUEZ, Roberto R. (ed.). *Sociedades Antiguas del Creciente Fértil*: aportes para su estudio histórico. Ushuaia: Ed. Utopías, 2015.

NOTAS

¹ El presente trabajo se basa en una versión revisada y ampliada de la conferencia que impartí en el marco del VII Congreso de Educación Superior “La enseñanza de la historia en la Formación Superior”, organizado por la Dirección de Nivel Superior del Ministerio de Educación de la Provincia de Corrientes (Argentina). Fue elaborada como parte de las actividades de docencia e investigación que desarollo en el marco del Proyecto CIUNSa N° 2608 “Prácticas sociales y configuraciones culturales en las sociedades antiguas del Mediterráneo oriental: una aproximación histórica y didáctica” bajo la dirección de la profesora Perla Rodríguez, financiado por el Consejo de Investigaciones de la Universidad Nacional de Salta (CIUNSa).

² Un ejemplo de esta opción son los esfuerzos dirigidos a precisar los conceptos de “jefatura”, “patronazgo”, “Estado”, “ciudad-Estado”, “Estados regionales” e “Imperios” al momento de indagar las diversas formas de organización sociopolíticas (CAMPAGNO, 2009; DI BENNARDIS, 2013; PFOH, 2018; PFOH; THOMPSON, 2019). En igual sentido deben leerse las distintas pesquisas histórico-árqueológicas que emplean las categorías de “centro-periferia” y “sistema-mundo” – acuñadas por el historiador Immanuel Wallerstein –, con los debidos ajustes terminológicos a las condiciones históricas y culturales específicas, en el análisis de las esferas de interacción y vínculos intersociales del Próximo Oriente antiguo (ROWLANDS; LARSEN; KRISTIANSEN, 1987; AUBET, 2007, p. 77-90; DI BENNARDIS; D’AGOSTINO; SILVA CASTILLO; MILEVSKI, 2010).

³ No es nuestra pretensión adoptar una actitud que pudiera corresponderse a una sensación de perplejidad y de rechazo hacia la apropiación y destrucción de testimonios del pasado amparada en un discurso que opone un Occidente sensible y culto versus un Oriente fundamentalista y brutal. Antes bien, otra serie de factores pueden evocarse para explicar los saqueos, robos y destrucciones. Tales actitudes pueden deberse, como ha postulado cierta tesis, a la existencia de modos de relación con el pasado que no requieren de una colección de objetos materiales para entrar en contacto con él (CAMPAGNO, 2007). Pero también pueden explicarse como respuestas de poblaciones que padecen las condiciones derivadas de varias adversidades, desigualdades y otras tensiones que, impuestas desde otro lugar y aprovechadas impunemente por ciertos sectores, están latentes como un riesgo que detona el conflicto ante cualquier “oportunidad”. En efecto, las invasiones, derrumbe de gobiernos y guerras civiles crearon una situación imposible de controlar: se contrabandearon antigüedades a cambio de comida y bienes de primera necesidad, y aquéllas llegaron rápidamente a las manos de los coleccionistas privados y también a las galerías de los grandes museos del mundo, los cuales pretenden – amparados en cierta versión de la historia y del rol de Occidente en ella – “educar” con su ejemplo (PFOH, 2007).

Artículo recibido el 28 de febrero de 2020.

Aprobado el 25 de mayo de 2020.

